

El principio de la noche

B. Gratacós



Image not found.

Capítulo 1

¡Silencio! ¡Atentos! Pues la historia que me dispongo a contar es casi tan vieja como el mismo mundo y está llena de verdad.

Al principio, la luna estaba sola en lo alto del oscuro cielo. Las historias dicen que fue una diosa que osó desafiar al dios de dioses y este le castigó con la soledad eterna de la noche. No hablaremos hoy de esa historia, pues es complicada y se prolonga durante milenios.

La luna quiso asomarse al mundo de los hombres. Desde allí arriba los observó, y a cambio les ofreció su plateada luz. Su curiosidad por ellos aumentó, e intentó bajar al mundo. Pero las cadenas que la retenían se tensaron y lo impidieron. Por mucho que luchó, no consiguió deshacerse de ellas, pues las había hecho el mismo dios de dioses y eran irrompibles. Entonces, furiosa, la luna se dio media vuelta y sumió al mundo en tinieblas.

Los hombres, acostumbrados a su luz durante la noche, quedaron cegados ante la oscuridad. Saqueadores y mercenarios volvieron a las andadas, protegidos por las sombras. Cada vez que el sol se ponía, el mundo dejaba de estar a salvo.

Los hombres rogaron al dios de la luz. Cuando eso no funcionó, comenzaron a ofrecerle sacrificios. Primero fueron frutas y vegetales, luego animales y por último los propios hombres. Una guerra empezó entonces, una guerra santa en nombre de un dios que no podía hacer nada porque la noche era territorio de la luna y nadie podía entrar en su dominio.

La muerte acechó la raza de los hombres. La luna, encantada con la oscuridad que había despertado no solo en el mundo, sino en el corazón de los humanos, continuó escondiéndose. El dios de dioses, ante la destrucción que aquello estaba causando, intentó hablar con la ella. Pero no había más castigo que pudiera otorgarle, ni amenaza que pudiera cumplir. Así que la luna continuó dándole la espalda al mundo.

Finalmente, un ejército de cien hombres salió a buscarla. Muchos les llamaron locos. Otros les llamaron desertores por abandonar la guerra santa en busca de un imposible, pues todos sabían lo malvada que era la luna. Pero ellos, comandados por su capitán, ignoraron a todos y comenzaron su camino.

Partieron al amanecer y anduvieron hacia el horizonte, alejándose del sol que asomaba por el otro lado. Caminaron durante todo el día, y al llegar la noche continuaron. Caminaron durante mucho tiempo, sin ruta fija, tan solo un paso delante del otro. Pero la luna seguía sin aparecer, así que

caminaron y rogaron un poco más.

Nadie sabe cuanto tiempo caminaron. Algunos dicen días, otros meses, otros años. Anduvieron durante tanto tiempo que finalmente la luna se movió un poco. No lo suficiente para iluminar el mundo, solo lo justo para mirarles con un brillante ojo de plata. El capitán del ejército la vio y le llamó, y ella por primera vez acudió a su llamada.

¿Qué pretendéis? No voy a volver al mundo, pues no puedo bajar a él. Vuestras vidas no me interesan si no puedo vivirlas.

Su voz era pura y clara, pero tan fría que el capitán sintió como un escalofrío le recorría de arriba abajo.

¿No sería mirarnos una forma de vivirlas?

No – negó ella furiosa – Eso solo sería un engaño. No la viviría de verdad.

El hombre intentó pensar en algo más. Cuando pudo ordenar sus ideas, la luna ya había perdido el interés y les daba la espalda de nuevo.

Al día siguiente, el hombre rogó al dios de dioses. Rogó con tanta vehemencia y durante tanto tiempo, que finalmente este no tuvo más remedio que acudir a su llamada.

Has perturbado mi descanso, mortal.

Siento haberle molestado, pero necesito recuperar la luna. Mi gente la necesita.

No te puedo ayudar con eso. Es testaruda y no le puedo obligar a volver al mundo.

La desesperación le empujó a decir las siguientes palabras.

¿Y si rompes el castigo y la dejas libre?

Un trueno se escuchó en la lejanía, reflejo de la furia que el dios de dioses sintió ante aquello.

No. Ella está dónde merece y nunca será liberada. Tiene cadenas que ni siquiera yo puedo romper. Y si lo hiciera, ella no se quedaría en el cielo y continuaríais sumidos en la penumbra.

¿Y si le alargaras las cadenas, solo lo justo para deambular un poco por el mundo durante el día?

¿No lo entiendes? Ella nunca volvería al cielo.

Mis hombres y yo nos aseguraríamos de que ella volviera todas las noches.

La risa del dios de dioses retumbó en el mundo. Un pequeño temblor sacudió la corteza terrestre. El capitán se tambaleó en su sitio, pero se quedó firmemente de pie. El resto del ejército se despertó para ver a su capitán hablando con un dios.

¿Tus hombres y tú? ¿Qué podéis hacer los hombres contra un dios?

Entonces haznos más que hombres.

Dios y hombre se miraron fijamente. El capitán tenía la piel morena y envejecida de quien ha pasado mucho tiempo bajo el sol. Los músculos de sus piernas eran fuertes después de tanto tiempo caminando, y sus pies ya habían desarrollado callos que los protegían contra el terreno irregular. Pero lo que le llamó la atención al dios de dioses fueron sus ojos. Esos ojos escondían una determinación de hierro, la determinación de quien sabe que está haciendo lo correcto y está dispuesto a llegar hasta el final para conseguir su propósito.

Enternecido por la fuerza de su creación, asintió.

No será fácil. No seréis mortales y no viviréis como tales. Os quedaréis solos en la noche.

Queremos recuperar la luz para nuestro pueblo. No importa el coste.

Que así sea.

El capitán empezó a ascender hacia el cielo, ingrávido como una mota de polvo. Sus hombres le siguieron poco después. Su ascensión fue ganando velocidad y finalmente fueron disparados hacia el firmamento. Y allí aparecieron, cien estrellas titilantes rodeando a la luna.

Dicen que la guerra santa se detuvo cuando un hombre levantó la mirada y dio un grito de asombro al ver las estrellas por primera vez. Dicen que su pueblo les reconoció como los valientes soldados que se habían marchado para recuperar la luna y lloraron por su sacrificio y por la felicidad de estar nuevamente iluminados. Dicen que esas lágrimas, esas miles de millones de lágrimas, también ascendieron al cielo. Pronto el cielo estaba lleno de millones de puntos blancos de luz.

Desde entonces, cada día, la luna estira de sus cadenas hasta llegar al mundo. Siempre toma la forma de una bella mujer con el pelo plateado que recorre el mundo causando el caos y viviendo aventuras. Y cada

atardecer, las miles de estrellas de allá arriba tiran de las cadenas para devolverla al cielo. A veces lo consiguen por completo y la luna se muestra, llena y orgullosa en el firmamento. Otras veces tan solo consiguen un trozo de ella y eso da lugar a la luna creciente o decreciente. Y hay días, los menos, que pierden la batalla y la luna no sube al cielo.

Esta es la historia de cien valientes hombres que salieron a buscar la luna y la encontraron.